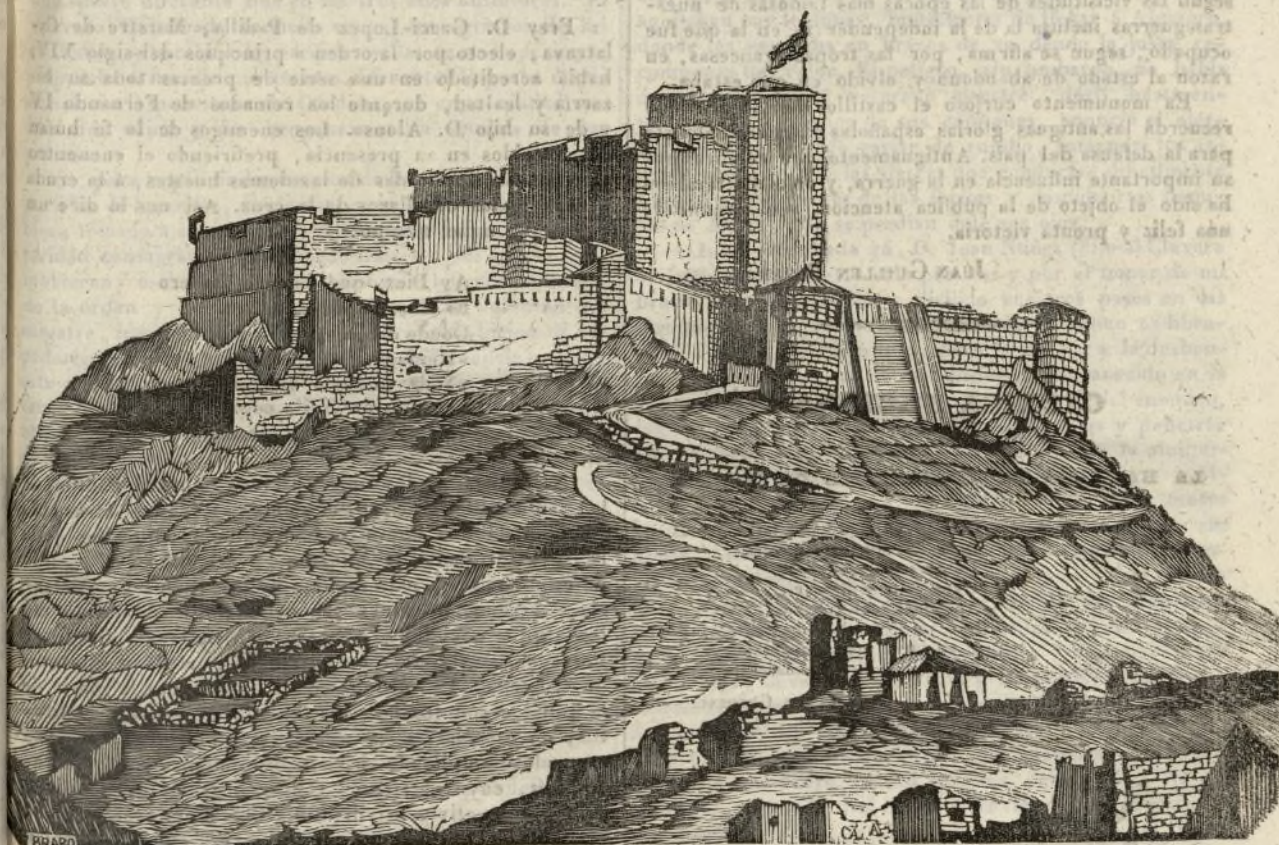


ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE SEGURA.



a vista del magestuoso castillo de Segura, con sus almenas y torreones, ofrece al curioso é ilustrado viajero, que se aproxima á sus muros el recuerdo de aquellos tiempos en que los grandes españoles fundaron estos fuertes edificios, primero para contrarrestar heroicamente las violentas irrupciones de los moros, y despues para combatir, en peligrosas y largas contiendas, las demasías del poder ó los obstáculos de su ambición.

Pocos podrán ser los monumentos de esta especie que quedan en España, que se conserven en el estado de firmeza del que nos ocupamos. Los siglos que pasaron rápidamente destruyendo las generaciones con su pasado curso, respetaron, al parecer, los duros cimientos de esta gloriosa fortaleza, donde se estrechó en los remotos tiempos el poder africano, y donde existieron posteriormente los valientes adalides que defendieron con brioso esfuerzo la libertad é independencia de su suelo. Al contemplar detenidamente en este viejo monumento la firmeza de sus muros, la resistencia de

sus torreones, y la solidez de toda su obra, no puede menos de admirarse el observador curioso al recordar la antigüedad de su origen, y entristecerse al mismo tiempo advirtiendo con que exceso las obras de los hombres sobreviven á la existencia de ellos. Fundador de este castillo un monarca piadoso y magnánimo que erigió sus cimientos sobre las desnudas rocas en que hoy se eleva, no dudó en afirmar que por su posición *segura* seria el mas firme é inespugnable baluarte contra las violentas y traidoras tentativas de los enemigos de la fé y del pueblo cristiano. Efectivamente en él se detuvo el torrente impetuoso de sus conquistas, y desde entonces se denominó fortaleza *Segura*, la que como tal habia sido colocada y edificada en aquel sitio.

Domina con su magestuosa elevacion los cercanos y escarpados montes, los negros bosques, los estensos pinares y los ondos y silvestres valles por donde se estiende en retorcido curso el caudaloso rio Vevel. Al pie de esta escarpada eminencia existió el pueblo que tomó tambien el nombre de *Segura* por el de la célebre fortaleza

22 de marzo de 1840.

Segunda serie.—TOMO II.

que le dominaba, y el cual, después de sus largos años de existencia, fue envuelto en los dolorosos estragos de nuestra desgraciada guerra civil, y destruido de tal manera que apenas quedan en el día en la falda de la montaña que le sirvió de abrigo ruinoso, vestigios de su antiguo ser y pasada prosperidad.

El castillo ha tenido muchas y diferentes alternativas, según las vicisitudes de las épocas más famosas de nuestras guerras incluso la de la independencia, en la que fue ocupado, según se afirma, por las tropas francesas, en razón al estado de abandono y olvido en que estaba.

Es monumento curioso el castillo de Segura que recuerda las antiguas glorias españolas y seguro baluarte para la defensa del país. Antiguamente fue célebre por su importante influencia en la guerra, y en el día también ha sido el objeto de la pública atención, y el premio de una feliz y pronta victoria.

JUAN GUILLÉN BUZARÁN.

CRÓNICA NACIONAL.

LA BATALLA DE LOS LLANOS DE BAENA.

Quando ya el sol por las cumbres
Dora las humildes plantas,
De la sarracena gente
Oyen grita y algazarras:
Aperciben sus caballos,
Que ya lo estaban de armas,
Y en buena guisa de hidalgos
Para sus contrarios marchan.

ROMANCERO GENERAL.

I.

Elipsada la gloria del imperio musulmánico á mediados de la era de 1,500, subió al trono de Granada, por muerte de Ismail, el valeroso Mahomad, ó Muhamad, IV de este nombre. Dotado de un genio emprendedor, de una actividad incansable y de talentos militares nada comunes, su primer paso fue reprimir el ardor de los cristianos, guardando las fronteras de su reino con fuerzas capaces de combatirlos y aun de vencerlos. Ninguna coyuntura más favorable á sus miras ambiciosas, que la division y los bandos alzados en Castilla, durante la minoría de Alfonso XI. Los tutores, dueños sucesivamente de los recursos del gobierno, según la fortuna en el combate ó en la corte favorecía sus secretos manejos, abusaban de la autoridad real á su antojo, ora compartiendo entre sí las riquezas y las mercedes, ora señalándose cada cual y rebelando las provincias que debían obedecerle. Triste fruto de encontradas pasiones, en que el interés individual, sobreponiéndose á los deberes del hombre y del vasallo, quebranta los pactos de una fe jurada, y sacrifica al capricho las fortunas é intereses depositados en sus manos! Turbulentos los ánimos de ambos partidos, en vano pretendían obrar de acuerdo contra el enemigo común: en vano el poderoso auxilio de las órdenes militares arrostraba peligros en bien de la fe y prezo de la monarquía. Las gloriosas jornadas de Martos, la toma

de Tíscar y de Yllora, la entrada, que hiciera el infante D. Pedro en la vega, hasta tres leguas de la ciudad musulmana, y por último, la toma de varios castillos, entre otros, el de Riat ó Rute, debidas al heroico esfuerzo de tantos y tales caudillos, vieronse repentinamente malogradas por la funesta batalla de los llanos de Baena, de que nos proponemos hablar.

Frey D. Garci-Lopez de Padilla, Maestre de Calatrava, electo por la orden á principios del siglo XIV, habia acreditado en una serie de proezas toda su bizarría y lealtad, durante los reinados de Fernando IV y de su hijo D. Alonso. Los enemigos de la fe huían despavoridos en su presencia, prefiriendo el encuentro con fuerzas duplicadas de las demás huestes, á la cruda guerra de los caballeros de la cruz. Así nos lo dice un cantar de aquel tiempo:

Ay Dios, qué buen caballero
El Maestre de Calatrava;
Donde diz, que el moro dijo
»Reniego de tí, Mahoma,
»Y de tu secta malyada,
»Porque un fraile capillado
»Meta la lanza en Granada.

No menos piadoso que guerrero, obtuvo Padilla de la Santa Sede gracias singularísimas, entre otras, la creación de una nueva orden militar, dependiente de la suya, titulada de Montesa, y erigida en el castillo de este nombre, para defensa de los reinos de Valencia, Aragón y demás sus colindantes. Asimismo dio impulso y contribuyó á la erección de la de Cristo en Portugal, sujetándola en un todo á la regla y estatuto de Calatrava. Por último enlazó sabiamente la gloria de la religion con los intereses mutuos de aquellos institutos, en especial la esclarecida orden de Santiago, renovando y ampliando cierta antigua alianza entre sus caballeros, cuyos artículos consignaban la inviolabilidad de sus respectivos privilegios: «E si alguna otra orden» (decía el pacto) paz ficiere con los moros, también por la otra orden, como por la suya, sea tenudo de lo» «facere: é la otra orden, así se esfuerze de le ayudar, que to» «dos sean vistos por todas cosas, ser frailes de una orden.» Obligáronse también por los mismos tratados, á que, «si el rey ó sus tutores quisieren quebrantar los privilegios, de cualquiera de estas órdenes, ó entremeterse en las otras cosas de ellas contra sus usos y costumbres,» «ó hacer algún otro agravio, se juntasen todas tres órdenes para suplicarle y requerirle no lo hiciese; y no» «bastando esto, tomasen otro medio conveniente.»

Empero la discordia, avezada, á pesar de tantos esfuerzos, á introducir en los honrados pechos castellanos el tósigo que devoraba sus empresas, dió pavulo á la emulacion ardiente y después al encono y envidia contra el invencible Maestre. Su misma rectitud, su nombre, acatado de amigos y enemigos, su indeclinable severidad en el premio ó en el castigo, fueron las armas de que el infierno se valió para mancillar su acrisolada virtud. Fernán Ruiz, clauero de la orden, ayudado de otros revoltosos y malos súbditos, habia provocado en 1301 un cisma en ella, rebelando varios castillos y pueblos de encomienda contra su señor legítimo; y suspendiendo por una eleccion arbitraria la autoridad de Padilla, le obligó á recurrir á la Silla Apostólica en queja de tales desafueros. El abad de Betania, á quien el pontífice cometió el juicio de los reos, reconociendo la independencia del Maestre, condenó á sus detractores, y le re-

habilitó en sus cargos, en el capítulo general del Cister del año siguiente. Cedieron las pasiones á la voz de Dios y de la paz. Pero el fuego ardía bajo la ceniza; y muy pronto veremos entronizada la maldad y la traición.

II.

Las fronteras del reino de Granada ofrecían en 1318 un aspecto diferente que en los tres años anteriores. El valeroso Mahomad, ansiando vengar los agravios de los cristianos, y recobrar las perdidas villas de su imperio, se preparaba á invadir por puntos diferentes la parte meridional de la provincia de Córdoba, en cuya ciudad ardían los odios y las venganzas á la sombra de los partidos.

Si, para reprimir los excesos de los unos y catigar la perfidia de los otros, el ejército cruzado de Calatrava hubiera tomado á su cargo la guerra contra infieles, la posteridad consagraría un recuerdo ilustre á los que la promovieron y escitaron. D. Juan Nuñez del Prado, Clavero de la orden y dueño casi esclusivo de la voluntad del maestre, había sacrificado su gratitud á la ambición de sucederle en el mando. Empleando toda la influencia que con este gozaba en vencer sus prudentes razones; atizando en tanto la discordia y renovando antiguos ó casi apagados enconos, obtuvo, no sin repugnancia, el consentimiento de Padilla para aquella empresa. Las críticas circunstancias del país, víctima de los bandos, el aumento progresivo de fuerzas en el reino musulmán, la hermandad jurada recientemente entre las órdenes, y toda otra causa razonable, se hubo entonces de desatender.

Almagro, villa del señorío del maestre, fué destinada para punto de reunion de los caballeros; y muy luego lucidísimas huestes de la mas ilustre sangre española aprestaron sus armas y sus esfuerzos para combatir por la fé. La juventud, impaciente en adquirir laureles y renombre, entregaba su brazo á una muerte segura, sirviendo de instrumento á la traición. En tanto no descuidábase el Clavero de lisonjear á sus afectos con promesas y dones, llegando el día de su elevacion; y aquella discordia fatal, que imprimiera á la sazón en los ánimos una mezcla indefinible de pasiones y de entusiasmo, de fé y de inmoralidad, volvió á parecer de nuevo entre los esforzados campeones de la cruz.

La vega de Granada invadida por ellos, despues de una memorable y victoriosa entrada por el fuerte de Muradal, y por las tierras de Ubeda y Baeza, fué muy en breve teatro de sus hazañas. Distinguíanse por su arrojo varios caballeros de la comitiva del Maestre, entre otros el alférez del pendon de la orden, Fernán Ruiz de Toledo. El espanto de los moros crecía, conforme se aproximaban los cruzados: El astuto Mahomad, concentrando en tanto numerosas fuerzas en la campiña de Córdoba, aparentaba ceder al bloqueo de los cristianos, presentándoles alguna débil resistencia, favorable á sus planes, hasta lograr el mas completo triunfo de su inesperta temeridad.

El pérfido Nuñez veía colmadas con brillante éxito las empresas concebidas para apoyo de la traición: gozabase en silencio de igual suerte en sus planes revoltosos, cuyos primeros síntomas aparecerían muy luego concitando las rivalidades y los odios, disponiendo los ánimos al descontento, y atribuyendo á su ingrato orgullo el buen fruto de aquella jornada. Todo contribuía á favorecerle. Dispersas las haces moriscas al frente de las torres de la Alhambra, talados los campos y alquerías de la vega, entradas á saqueo sus villas y demolidas sus atalayas, dieron vuelta á sus hogares los caballeros de Calatrava, cargados de despojos. Engreíase del propio es-

fuerzo, y sin oír mas voz que su autojo, ni mas razón que una presuntuosa alegría, censuraban el descontento de Padilla, calificando su prudencia de timidez y sus prevenciones, de desvaríos, hijos de la decrepitud.

Libres de un riesgo aparente, salieron los cruzados del territorio Granadino, y al contemplar desde sus límites las torres y castillos de las encomiendas, cuya maciza mole sobresalía en la verde campiña de Córdoba, aguijaban sus trotones, impacientes de llegar á Almagro, donde les esperaba en brazos de su deudo la justa recompensa del valor. El peligro, sin embargo, no había desaparecido, y el veterano maestre, dócil hasta entonces á los consejos de sus capitanes, anunció al ejército la necesidad de variar de rumbo, tomando los ásperos senderos de las sierras que conducían difícilmente á aquel punto en vez de las fáciles y descubiertas llanuras de Baena, que se perdían ante sus ojos.

—Os he escuchado ya, D. Juan Nuñez (dijo al Clavero el anciano maestre) y solo por vos y por el honor de mi brazo, seguidos había y dirigido vuestros pasos en las álgaras de la vega. Dios y el poder de la orden os libraron de la muerte, hijo mío; pero la muerte y la deshonor os aguardan allí si no me obedecéis. Eucanecido en la guerra de infieles, avezado á los encuentros del enemigo, logré con la experiencia el medir sus fuerzas y penetrar sus recursos. Mahomad cuenta con ellos; con la cimitarra de sus Valies, con tercios numerosos y con esas alturas, que al penetrar en la campiña, serán otros tantos baluartes, donde oprimidos é indefensos moriremos sin gloria y sin vencimiento. Precaver es la ciencia del caudillo; huir fuera mengua á nuestra fama. ¿Qué medio pues, nos resta? Uno solo tal vez. Doblar las montañas y herirlos dentro de su campo. Inhéctiles los muzzlimes bajo la espada del cristiano, sorprendidos y desconcertados en su fuga, llevarán la cobardía y la vergüenza hasta los muros de esa ciudad impía, ofreciendo á Mahoma por trofeos los miembros yertos de sus soldados. Y bien, mis caballeros, tal empresa para la fé, tal mandato de un señor y de un padre, serán también desoidos?... No os alucineis, y elegid: ó el honor y los triunfos, ó la muerte y las cadenas!...

Inmóvil quedó el ejército al oír esta patética arenga: los treces y comendadores de la comitiva de Padilla seguidos de los mas veteranos capitanes, le prestaron sumision y juraron seguir sus banderas. La juventud, mas obstinada é imprudente, guardaba triste silencio, y el pérfido clavero con un puñado de ambiciosos resistía inobediente al soberano mandato. Persuaciones, ofertas y razonamientos inútiles, aumentando el peligro hasta hacerlo inminente, resolvieron al maestre á partir; pero ya era tarde. La enseña sanguinaria de los moros, precedida de un tropel innumerable de fantásticos soldados, avanzaba en buen orden hácia el escuadrón de la cruz. — ¡Piedad de nosotros!... murmuró el maestre, alzando sus ojos al cielo arrasados en lágrimas: y afirmándose luego en los estribos, enristra la lanza y abatida la cimera, arremetió con ímpetu á lo mas profundo de las masas infieles, seguido de sus caballeros, á quienes escitaba con el ejemplo y con la voz exclamando... Santiago... Santiago, cierra España... Espantados los moros de tanta bravura, y cediendo poco á poco el terreno, aguijados siempre por el implacable Padilla, buscaron asilo en un fuerte escuadrón de alárabes, situado á pié firme en las llanuras de Baena. Comienza de nuevo la lid y se encarniza; saltan los escudos en piezas y mézclanse confusamente los capacetes con los turbantes. La espada del maestre sembrando el desorden en las filas enemigas, es el rayo de la Divinidad, que venga sus ultrajes... ¡Inútiles proezas!... El

valor cede al número, el héroe desfallece, y la flor de Castilla sucumbe al hierro homicida, después de señalar con sangre los fastos de la gloria y de la religión.

(Se concluirá).

MANUEL DE LA CORTE Y RUANO.

RECUERDOS DE VIAJE.

DE SEVILLA A CÓRDOBA.

1839.

Está de Sevilla, sin tener el gusto de abrazarte, y al ver al lejos y acaso por última vez la hermosa capital del mediodía; al divisar esa Giralda descollando altanera por cima la vastísima alfombra de casas y torres que la cercan, cual descuellan las pirámides entre las elevadas palmeras del Egipto; al advertir el curso tranquilo del Guadalquivir, todo bajo ese cielo tan puro y nacarado de la bella Andalucía, colorado por los primeros rayos del sol en el oriente, unido a tantas perdidas ilusiones, a tantos desvanecidos sueños de felicidad, la idea de abandonar acaso para siempre esa ciudad donde libre y feliz mi juventud voló, hizo asomar una lagrima a mis ojos.

Un instante después solo guardaba mi alma un recuerdo. Sevilla había desaparecido, y el Guadaira se deslizaba bañando los viejos y derruidos torreones, atalaya un tiempo de los moros, hoy recuerdos no más para Alcalá de los Panaderos. Este lindísimo pueblo es un sitio real que la naturaleza ha colocado a dos leguas de esa ciudad, nacida para ser la reina de Andalucía.

Dos horas después estábamos en Mairena, que a su feria debe un nombre que lleva con trabajo. ¿Te acuerdas de aquellos días felices que pasamos juntos en dicho pueblo? Ya han desaparecido los rebaños, las tiendas para guarecerse de los ardores del estío, los pastores que venían a vender sus ovejas, los jitanos que traían los caballos, las inmensas vacadas que poblaban los estendidos llanos de esta comarca. Ya han desaparecido las bellas y los galanes que venían de Sevilla en soberbios y enjaezados alazanes. Hoy solo queda un montón de casas apiñadas, solas y abandonadas. ¿Cebir a sus sienes una corona, recibir durante tres días la adoración y el tributo de todos los pueblos de la estendida España, y verse hoy sin cetro, sin diadema! ¿Y qué importa, si el año que viene volverá a ser reina?

Al anochecer llegamos a Carmona, antigua corte de reyezuelos moros. Allí se mira mostrando sus desmantelados muros, sus pardos torreones, manifestando en los despojos lo que fueron en el tiempo de sus glorias. Esta asentada en una elevada colina desde donde la vista alcanza un horizonte inmenso. También tiene Carmona su parodia de Giralda, pero la torre de Carmona es a la de Sevilla lo que el vuelo del águila a las aletadas del murciélago.

Desde esta antigua ciudad hasta la Luisiana solo se encuentra una venta miserable. La Luisiana es un lugarcito de cien vecinos, entre los que aun encuentra el viajero algunos de los primeros pobladores.

A dos leguas y media esta Ecija, sepultada en un hoyo, con su puente de Carlos III, con sus doradas estatuas, y sus vagos recuerdos perdidos en la noche de los siglos.

Ya no vuelve a encontrarse mas población que la Carlota; y esto merced a que el hijo de Felipe V dirigió una mirada de protección a estas hermosas y casi desiertas provincias. No ha un siglo desde la vieja Carmona hasta la antigua Córdoba, en una extensión de diez y ocho leguas, sola Ecija se ostentaba señora de aquellos estendidos llanos.

Parece incomprensible tamaña despoblación en provincias tan feraces y bajo el cielo de la encantadora Andalucía. Preciso es achacarla al descubrimiento de un nuevo mundo, en pos del cual volaron los españoles abandonando el país mas bello de la tierra; a las contiendas con los árabes; a la larga y desastrosa guerra de sucesión y acaso, mas que a nada, a la amortización de la propiedad.

Dormimos en la Carlota, pueblo lindísimo con su única calle de árboles y casas, con su humilde palacio, con sus serenos y alumbrado. Nada quiero decirte con respecto a las costumbres de estos pueblos. La Andalucía es muy conocida, y la índole de sus moradores demasiado marcada para no manifestarse a primera vista. Tal vez en estos pueblos, jóvenes hoy, se encuentra un recuerdo de las costumbres patriarcales; será tal vez una ilusión de mi alma, pero he creído hallar mas sencillez que en otros pueblos de la baja Andalucía. Por lo demás, si quieres tradiciones, si buscas esa poesía que nace del corazón y de los encantos del suelo, corre a unirte conmigo, y recorreremos todos estos contornos.

El modesto palacio que hizo Carlos es hoy el local donde se reúne el concejo municipal. Allí se dan las boletas de alojado, y allí recibí la mia de mano de un joven de quince años que, sabiendo leer y escribir menos mal que los demás del pueblo, ejerce la jurisdicción administrativa.

Vendrá un tiempo en que los convoyes se hayan olvidado; hoy aun no ha llegado este instante. Antes una galera, un coche, contenía una familia; hoy un convoy es todo un pueblo que se mueve. Tal vez esto tendrá sus inconvenientes, mas para mí tiene palpables ventajas. Por de pronto tienes sociedad, y yo creo que no envidias al hombre origen del *pacto social*. En fin, en un pueblo encuentras todo. ¿Cuántos y cuántos amores habrán debido su origen a estas caravanas! Tienes a mas la casi seguridad de no ser robado, y si te saliera una partida, antes de hacerlo te enviaría al otro mundo, y ya ves que esto no deja de ser ventajoso. Al menos lo es en mi opinión, pues creo que nada hay tan terrible como vivir sin camisa en este siglo de la civilización y de las luces.

Al salir de la Carlota, y por espacio de mas de una legua, el camino que tu planta huella es el país mas bello de la tierra. Casas blanquísimas con su cruz colorada hecha de tejas; otras color café con sus techumbres fabricadas de pieles como armiños; aquí un rebaño de ovejas triscando en las colinas; mas allá brioso alazan cordovés pastando en la llanura; todo esmaltado de flores que mece ese purísimo ambiente de Andalucía.

Con razón colocaron los antiguos en estas rejiones los Eliseos campos, y ahora y solo ahora conozco con cuanta razón nuestros poetas han llenado sus obras de idilios y canciones pastoriles. Si no he encontrado las bellas zagalas y las lindas pastoras de los pies de nieve y rosa, de las trenzas de oro, he hallado por do quiera una naturaleza rica, un suelo lleno de encantos y poesía, un país donde el vivir es morar en el cielo.

Mas cual si la naturaleza quisiera ostentar su poderío, mostrándose a cada instante bajo distintas formas, engalanada con variados atavíos, esta escena cambia bien pronto, y la vista no descubre por do quiera mas que desnudas cañadas, sin un arbol, sin una choza. Los pastores desaparecieron con sus rebaños, y la venta del *Mango negro* se mira señora de aquellos contornos. La situación de esta, unida a su nombre, a las mil y mil tradiciones a que diera objeto, imprimen un aspecto verdaderamente fantástico a esta antigua guarida de bandidos.

Mas al trepar una colina, bien pronto se muda la escena, y nada son en comparacion de este golpe de vista las fatigas y peligros que lleva consigo el viajar en estos tiempos. Una inmensa llanura, mas alla Córdoba ceñida con una cinta de plata, Córdoba cercada de jardines, con sus dismantelados muros, y alla al lejos los altos montes de Sierra Morena con sus picos cubiertos de nieve, con sus sombríos olivares dó van a perderse los últimos reflejos de ese sol de fuego que alumbra la capital un tiempo de un imperio, la ciudad de mil y mil recuerdos.

Si después de haber admirado las bellezas de la naturaleza, quieres ver las obras del hombre, mete espuelas a tu caballo, traspasa el puente, admirable construcción de hace once siglos, entra por una de las antiguas puertas de la ciudad, y sin pararte en nada, dirige tus pasos a la catedral-mezquita. Cuando hayas recorrido sus inmensas naves, cuando hayas contado sus cien y cien columnas, cuando hayas visto la sillería del coro, página cincelada donde esta escrita la historia de una religion santa, cuando hayas admirado tantas y tantas bellezas, aléjate sin mirar a su fachada. La verías tinta de sangre fresca española, salpicada de balas que hermanos asestaron al pecho de sus hermanos. En los muros de la ciudad de Almanzor hoy crece la palmera al lado de la yedra, hoy es escombros lo que ayer fuera el baluarte inexpugnable de la ciudad.

Al recorrer sus tristes y solitarias calles, al mirar tantos despojos hacinados por el tiempo, recordé los versos de nuestro poeta, que tantas veces te he oido repetir:

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
Templos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Italica famosa....

¿Por ventura es menos infeliz la suerte de Córdoba? Acaso llorarías tambien cual yo lloré, y tus lagrimas se unirían a las aguas de ese rio, donde no encuentran una quilla, siendo testigo de sus glorias y desgracias. Lloraras, si; porque si eres jóven y entusiasta, si leiste cuando niño ó te contaron después de tantas y tantas glorias, el recuerdo de lo que fué, la triste realidad de hoy arrancara lagrimas a tus ojos.

Córdoba fué una de las primeras ciudades del mundo, y la primera en su siglo en cuanto a ilustracion, riqueza y poderío. Cuna de la civilizacion, lo fué tambien de la poesía, de esa poesía oriental llena de idealidad, hija de los arabes.

Si tú no eres de los que sacrifican en el altar de Apolo, si algo te se ha pegado del materialismo de este siglo, sino crees mas que en lo positivo (puesto que así se llama lo que a los sentidos satisface) Córdoba tiene un nuevo título a tus recuerdos. Los arabes que en ella vivieron fueron los inventores de los números.

Mañana iremos al Carpio. Tuyo.

D. C. y Q.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES (1).

IV.



Todo el cargamento de la goleta se hallaba ya amontonado en la playa, y Manuel daba las órdenes á la tripulacion para que, dándose á la vela, volviesen cuanto antes á guarecerse á la bahía de Gibraltar, estendiendo sus instrucciones al piloto para que á su llegada á aquella ciudad hiciese enterrar en lugar sagrado á los cuatro hombres muertos, y dispusiese la celebracion de una misa por el descanso de sus almas. Recomendó asimismo á su celo el mayor cuidado con los siete heridos que á duras penas podian ocultar sus dolores; concluidas que fueron estas prevenciones la embarcacion, desplegadas las velas, salia magistuosamente de la ensenada, cuando de repente y con no poca sorpresa de Antonio y de los demas circunstantes reunidos en torno del capataz, dejóse oír una voz sombría y sonora que le dirigió estas palabras.

—«¿Tienes valor, Manuel?»—

A esta brusca interpelacion el contrabandista hizo un movimiento de sorpresa, y todos los circunstantes, fijando la vista en él, esperaban la respuesta al atrevido incógnito, cuya repentina aparicion en aquellos lugares no acertaban á esplicar; hasta que al fin el contrabandista, como volviendo en sí y pasando su mano por la frente bañada de un frio sudor,

—Ah ¡eras tú Pedro! (dijo con una voz que dejaba adivinar la mas profunda conmocion).—Sí por cierto, respondió el viejo pescador.—Y qué vienes á decirme?—Una desgracia.—¿Qué es lo que oigo? Qué dices? que es lo que has visto? habla, responde, (interrumpió Manuel con el acento de la desesperacion).—Segun habias dispuesto, respondió Pedro con voz grave y serena, marché á tu casa. . .—Silencio,—dijo el contrabandista con imperio, y volviéndose luego hácia Antonio,—haz trasportar los fardos, le dijo, á la caverna de los Cuervos de la roca negra, y cuida de que el tabaco quede escondido bajo la arena: yo voy á hablar un instante con este hombre.

Y agarrando fuertemente por el brazo á Pedro, le llevó aparte al pie de la montaña diciéndole.—¿Qué es lo que has visto, Pedro, habla bajo.—Mucho temo afligirte.—¿Dios mio! que es lo que vá á decirme! dijo el contrabandista con un temor convulsivo; y permaneció largo rato en silencio entre el temor y el deseo de aclarar el terrible misterio sobreponiéndose en fin á aquella especie de vértigo.

—No importa, Pedro, continuó, dime todo, ¿qué es lo que has observado?—Tu hija....—Habla pronto.—Tu hija esta noche á las diez....—Pronto.—Ha abierto la puerta a un hombre.—¿Hay mas?—El hombre ha entrado, y la puerta se ha vuelto a cerrar.—¡Mil diablos te lleven! es imposible! mientes, dijo Manuel fuera de sí.—He estado esperando un cuarto de hora largo, proxiguí Pedro con frialdad, para ver si salia, con intencion de seguirle y darte sus señas; hasta que en fin, viendo que nadie se movia, y hallando por fortuna el candado

(1) Véanse las entregas anteriores del Semanario.

en la puerta, le corrí, eché su llave y... ¿entiendes? antes de dos horas puedas asegurarte de la verdad, y castigar la ofensa que te se haya hecho. Esta es la llave del candado.

Y diciendo estas palabras, el viejo pescador presentaba en efecto la llave al contrabandista; pero en vano; porque este nada veía ni escuchaba. Cual si fuera herido de un rayo, permaneció largo tiempo inmóvil, los ojos clavados en el suelo, contraídas las cejas, y respirando con dificultad: arrojóse bruscamente contra la montaña, y rechinando los dientes y mordiendo la tierra, dejaba de tiempo en tiempo escapar esta exclamación «¡sangre!»

De repente incorporándose con energía.—Marchemos, dijo a Pedro arrastrándole hacia la playa.—Paróse de allí a algunos pasos, y con tono solemne.—Júrame, continuó, que no diras a nadie lo que has visto.—Te lo juro por el alma de mi padre.—Pues vamos.

Antonio acababa de partir para la caverna de los Cuervos de la roca negra, y Manuel dejó sus instrucciones á Muñoz para que se las participase á aquel, previniéndole que antes de pocas horas estaría de vuelta. Dicho esto marchó con Pedro, y en pocos minutos estaban de regreso en el Puerto de Santa Maria, en el momento en que el reloj daba las tres de la mañana.

—Dame la llave del candado, dijo Manuel en voz baja.—Ahí está, le contestó; Pedro ¿entro contigo?—Sí; tu presencia me puede ser útil.—¿Cuál es tu proyecto?—Pronto lo sabrás... Mira Pedro, abre tú, que me tiemblan las manos, y temo hacer ruido... Así... ahora toma la llave de la puerta... Dos vueltas...—Ya está.—Entra primero, Pedro, y cerraré la puerta.—¿Qué oscuridad!—Espera, yo te guiaré.—¿Dónde estás?—Dame la mano. Baja dos escalones... Bien... Ya estamos en el patio.

El contrabandista miró atentamente por todas las ventanas del interior, y en todas partes observaba silencio y oscuridad.

—Subamos, dijo: he aquí la escalera. Sube diez y ocho escalones... Ya estamos en la galería... Este es el cuarto de Casilda... no hay luz... escuchemos.

Manuel acercó el oído á la puerta, y permaneció cinco minutos en esta posición.—Nada oigo, dijo retirándose. Escucha tú ahora.—Pedro se colocó en la puerta, pero nada más oía que la alterada respiración de Manuel.—Nada, dijo al fin Pedro...—«Un rayo de alegría brilló sobre la ancha frente del contrabandista.—«Pedro, dijo, si acaso te hubieras equivocado? si hubieras tomado una vision por realidad?

«Espera, calla, dijo el viejo pescador interrumpiéndole.—¿Qué has oído? replicó el padre de Casilda por cuyos miembros corrían estremecimiento eléctrico.—Calla, repitió Pedro, hablan en voz baja cerca de nosotros.—¿Qué dices?—Escucha.»

Un ligero bishiseo, apenas imperceptible, hirió entonces los oídos del contrabandista, sin que pudiera determinar que dicho ruido saliese ó no del interior de la habitación de Casilda. Como el hombre que se ahoga ó se halla próximo á caer en un precipicio, quiere escapar á su muerte por los medios mas extraordinarios que le dicta la desesperación, aunque fuera el de asir un hierro ardiendo; así Manuel, ante la evidencia de su desgracia, buscaba un medio de persuadirse de que aun podría estar equivocado, llegando hasta desear que fuesen ladrones ó asesinos los que se habian introducido en la habitación de su hija. Siguiendo esta idea, para él consoladora, dió algunos pasos pidiendo á Dios de corazón que fuese cierta; pero en vano; todo era silencio en derredor suyo, y solo alla en el fondo de la habitación se dejaba oír siempre el mismo misterioso dialogo. El desventurado Manuel sin-

tió faltarle las fuerzas, y apoyado en la pared, inmóvil e irresoluto, observaba un triste silencio.

—Vamos, ¿qué hacemos? le dijo Pedro, haciéndole volver de esta especie de estupor.—Vas a verlo, respondió Manuel con decision.—¿Para qué montas tus pistolas?—¿No me decias que era menester sangre?—Sí, pero la muerte del seductor ¿hara mas honrada á tu hija?—Dices bien replicó Manuel despues de un momento de reflexion. Esperame aquí.—«Y dicho esto se dirigió al cuarto de Marta en donde todavía lanzaba algunos tibios resplandores una lamparilla colocada sobre la mesa, y solo se escuchaba el ronquido de la vieja que dormía profundamente. Manuel encendió una luz, y volviéndose adonde Pedro se hallaba.—«Llama a la puerta, le dijo.—Pero Pedro sorprendido de la extrema palidez de su semblante y lo desencajado de sus ojos, quedó mirándole inmóvil sin acertar a pronunciar una palabra.—¿Qué tienes? le dijo Manuel, llama a la puerta.—Pedro obedeció; pero nadie respondió al llamamiento.—Puede que el hombre que está encerrado adentro tenga armas (dijo Manuel); tomad tú esta pistola, y llama segunda vez.—Hizolo así Pedro, y pasados algunos momentos de silencio, una voz de mujer que revelaba bien la mayor conmocion, contestó.—¿Quién llama?—«Tu padre.—Contestó el contrabandista con una voz de trueno; y viendo que nada se movía.—Abre aquí, continuó, ó echo la puerta abajo.—Y acometiendo la accion a la amenaza, rompió las tablas, y vino la puerta al suelo con un ruido que hizo temblar la casa.

Casilda se habia arrojado del lecho, cubierta ligeramente, y con el cabello flotante sobre sus hombros, los brazos tendidos, la mirada desencajada.—«¡oh padre mio padre mio!» exclamó; y cayó sin conocimiento sobre el suelo.—Quédete a la puerta, dijo Manuel a Pedro, y haz fuego al que intente pasar.—Es inútil esa orden—dijo una voz varonil salida de la estremidad de la sala, y Fernando con el rostro demudado, temblando y sobrecogido de sorpresa, apareció en medio de la sala con los brazos cruzados sobre el pecho.

A su vista Manuel dió un paso atrás, y arrojando fuego en sus miradas, la frente sombría y amenazadora, trémulo el labio, fuerte y precipitada la respiración, semejaba á un atleta en el momento en que victorioso acababa de arrojar por tierra á su temible adversario. Cediendo por tres veces á un movimiento nervioso y convulsivo, habia alargado su mano al gatillo de la pistola, pero otras tantas pudo reprimir este siniestro movimiento. Una infernal sonrisa asomó á sus labios, cual la alegría del tigre cuando mira á su presa antes de devorarla; mas sobreponiéndose otra vez, rompió al fin este terrible silencio, y con una voz breve é imperiosa.—«Sígueme,» dijo al desgraciado Fernando.

Marta, que habia despertado al ruido, corrió en esto á saber su causa, y redoblando el furor de Manuel á la vista de la vieja, lanzóse violentamente sobre ella, y agarrándola por la garganta, la hizo caer de rodillas á sus pies.—Encomienda tu alma á Dios, la dijo. Vas á morir.—Yo!... Valgame Maria Santísima. ¿Qué es lo que he hecho? interrumpió la vieja á semejante apóstrofe.—¿Qué es lo que has hecho? replicó Manuel con los ojos encendidos de cólera. ¿Qué es lo que has hecho?... Mira, mira ese hombre ¿cómo se halla aquí? Tú debes saberlo; tú, á quien yo habia confiado el cuidado de mi hija. Díme ¿cómo se ha introducido en su cuarto? Tú le conocías ¿no es verdad? ¿eres su cómplice en la infame accion que cubre mi frente de vergüenza, y me preguntas que has hecho?... Mira á Casilda, mírala allí inmóvil, muerta tal vez y deshonrada. Mi hija deshonrada, ¿y me

preguntas que has hecho? Encomienda tu alma á Dios, porque vas á morir sin remedio.—

La pobre Marta confundida por lo grave de la acusación, y por la terrible amenaza que el contrabandista la fulminaba, besaba los pies de su señor regándolos con su llanto; extendía hácia él sus manos trémulas y desahucadas, y no podía pronunciar una palabra en su defensa, porque la conmoción la ahogaba la voz.

Manuel la miraba siempre con furor, aunque al aspecto de tanta desesperación, la contemplación de su vejez, sus blancos y escasos cabellos, esparcidos en desorden, y la elocuencia muda de sus lágrimas y suspiros, acabaron por dominar el corazón del contrabandista, y desarraigaron un momento su tempestuosa frente.—Pruébame al menos, la dijo, que no eres culpable y háblame... pero no.... quitate de mi vista, vete, sal de mi casa... sintiendo pasar este ligero movimiento de clemencia, Vete al instante, continuó, ó si tardas un minuto mas, no puedo contener mi furor; pero no, quédate, ten cuidado de esa mujer, y tú Pedro ayúdala.—Después dirigiéndose á Fernando.—«Sígueme.»—le dijo con imperio, y Fernando le siguió.

El seductor de Casilda se hallaba en pie, delante de Manuel, pálido y tembloroso como el criminal delante de su juez en el momento en que la justicia humana vá á pronunciar la sentencia que condena al suplicio su cabellera, y no osaba levantar los ojos ante aquel padre justamente irritado, ante aquel hombre que venia á ser á la vez su acusador, su juez, y acaso su verdugo.

Entre tanto Manuel, paseando silencioso y precipitado por la habitación, procuraba comprimir sus violentos trasportes, hasta que al fin, afectando una tranquilidad que estaba lejos de experimentar, se paró de repente, y dirigiéndose á Fernando:

«¿Quién eres?» le dijo con gravedad, y al parecer sin enojo. Fernando, que esperaba una explosión terrible, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa.—«No te muevas» gritó el contrabandista, tomando este movimiento en otro sentido. «No te muevas, ó mueres en el acto.»

El corazón de Fernando palpitó, conociendo que la calma de Manuel era solo aparente, y que al menor chispazo podía inflamarse aquel pecho volcánizado; llamó pues en su auxilio á la prudencia, y componiendo su semblante con todo el exterior de vergüenza y de arrepentimiento, respondió prontamente á la interpelación de su juez.—Mi nombre es Fernando Zarzal.—¿Tu patria?—Granada.—¿Porqué la has dejado?—Por viajar.—¿Eres rico?—Bastante.—¿Quién son tus padres?—Hace tres años que los perdí, y estoy solo en el mundo.—¿No eres casado?—No.

El contrabandista guardó un instante de silencio, y después continuó.—¿Cuánto tiempo hace que estás en el puerto de Sta. María?—Cinco meses.—¿Y cuánto que conoces á mi hija?—Cerca de cuatro.—¿Dónde la viste?—En la iglesia... (Manuel rechinó los dientes, y dió un fuerte bramido).—«Y es verdad lo que me has dicho, continuó.—¿Dudais acaso de mí?, contestó Fernando con cierta altivez.—¿Qué si dudo?... respondió Manuel, como sintiendo renovar su furor. ¿Quién no ha de dudar de lo que sale de la boca de un infame, de un vil seductor...? ¿Qué si dudo?... ¿Sabes tú quien soy? ¿Ignoras que estas hablando con el padre de la mujer que has deshonrado?... Conoces todo el poder de este nombre, y el derecho que me dá para dudar de tu infame conducta? ¡Malvado! tu has asesinado mi honor y mi reposo: has cubierto mi frente de oprobio: te has introducido traidoramente en el lugar mas sagrado de mi casa.

¿Y me preguntas si dudo de tus palabras? ¡Cobarde! ¿párecete que no debo yo informarme de ti, como tu lo hiciste de mí antes de asesinarme? No conoces que me perteneces? ¿no conoces que estamos unidos el uno al otro por un lazo terrible, que nadie mas que la muerte puede desatar?—

Manuel respiró un momento, y aprovechándose Fernando de este instante, iba á responder; pero el contrabandista continuó.—Si, que cualquiera tiene derecho de exterminar la vívora que encuentra oculta en su hogar; yo usaré de este derecho. ¿Me entiendes?... Tiembra, pues, el momento en que egerza mi venganza, no le precipites con una palabra mas.—Hé aquí mi pasaporte, dijo Fernando interrumpiéndole, y Manuel le recorrió rápidamente comparando sus señas con las de Fernando; y después de esta escrupulosa pesquisa, guardó el pasaporte, y volvió á pasearse por la habitación. Su frente ora apacible y tranquila, ora sombría y amenazadora, reflejaba bien la lucha de sus encontrados afectos, y Fernando, observándole silencioso, procuraba leer en ella su terrible sentencia.

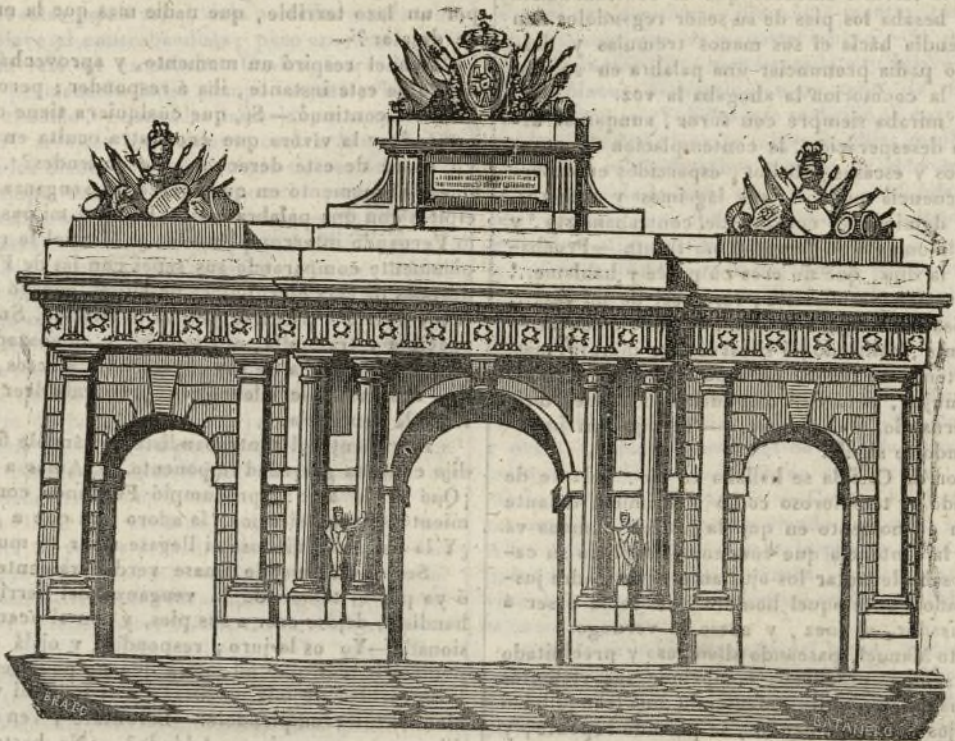
De repente el contrabandista, mirándole fijamente, le dijo con una gravedad imponente.—¿Amas á Casilda?—¿Qué si la amo! (prorumpió Fernando con un movimiento de entusiasmo), la adoro mas que á mi alma.—¿Y la harías tú dichosa si llegase á ser tu mujer?—

Sea que Fernando amase verdaderamente á Casilda, ó ya por el temor de la venganza del terrible contrabandista, dejése caer á sus pies, y con el acento mas apasionado—Yo os lo juro, respondió, y ojalá que ella os pudiese hablar por mí, para que no pudieseis dudar de la sinceridad de mis palabras, y si toda mi vida... Pero Manuel interrumpiéndole.—Levántate y ven conmigo, le dijo con arrogancia.—¿Adónde?—¿No basta que yo lo mande?—Fernando no tuvo por conveniente responder.—¿Pedro! (gritó Manuel hácia el lado donde aquel estaba) ¿qué es de Casilda?—Acaba de volver en sí.—Necesito un hombre ¿dónde está tu hijo?—Voy á buscarle.—Y luego que este se presentó.—Vas á seguirme á la roca de la Gran fantasma, y es preciso que sea pronto, porque ya no tardara en amanecer. Tu Pedro antes de mediodía partiras con Casilda para la Ensenada de la Salud, de modo que llegueis antes de ser de noche. ¿Entiendes?—Perfectamente.—José, dijo en seguida al hijo del pescador gestas armado?—Llevo mi escopeta.—Pues marchemos, y tú Fernando síguenos.

Y dicho esto desaparecieron después de haber lanzado Manuel una rápida mirada sobre su desdichada hija.



MONUMENTOS PUBLICOS.



PUERTA NUEVA DE SANTA ENGRACIA EN ZARAGOZA.



Para honrar y perpetuar la memoria de los dos asedios que sufrió Zaragoza en la justa causa de la independencia de la nación y de su legítimo rey, se sirvió resolver S. M. en real orden de 3 de julio de 1819 se construyese una puerta decorosa y decente en el sitio llamado de santa Engracia; obra de necesidad y ornato público, que testificase en las ruinas de aquel sitio la fidelidad y constancia de sus habitantes, señalando á dicho fin los productos de cierto impuesto que pagaban algunos géneros coloniales á su entrada en aquella ciudad. Empezada dicha obra, en 1830 ofrecerá una sorprendente perspectiva, ya se mire desde el puente de la Huerva que conduce á *Torrero*, ó ya desde el arco de *Cineja* ó puerta de san Francisco; perspectiva de que ha gozado la ciudad cuando á la entrada de Fernando VII en ella, de vuelta de Cataluña, se levantó dicha puerta con bastidores de lienzo.

Su forma general es la siguiente: tres ingresas en

los centros de otras tantas calles que desde la del *Co-so* siguen paralelas hasta la embocadura del puente del río Huerva. Sobre un zócalo de 6 palmos se elevan columnas de 43 de orden dórico con su correspondiente cornisamento en toda la estension que es de 160 palmos: sobre la cornisa y banquillo, en el centro, un cuerpo atico coronado de un escudo de armas reales con trofeos militares. Las puertas colaterales son mas angostas que la del centro, aunque las impostas de los tres arcos se hallan en una misma recta horizontal. Estas dos puertas se hallan adornadas con pilastras disminuidas y los paños almohadillados, teniendo por remate grupos de trofeos romanos. En los espacios de los intercolumnios del cuerpo del centro habrá dos estatuas en el frente exterior, que representen la *Agricultura* y *Navegacion*, y otras dos en el interior que figuren el *Comercio* y la *Felicidad pública*, y sobre ellas y en los tarjetones del cuerpo atico, inscripciones alusivas á la heroica defensa de ZARAGOZA.

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Párraga en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias francas de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales. Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administración del Semanario, calle de la Villa, número 6.

En las mismas librerías se halla abierta la suscripción á la primera serie del Semanario; tres tomos en folio (1856, 1857 y 1858) y los Señores suscriptores pueden recoger la primera entrega, continuando la publicación de las demas, en los términos anunciados en el prospecto.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.